

cuerpo con sus lujurias! ¡ Oh la poderosa sensualidad!

No, ella no lo comprendía, no lo avaloraba, no lo amaba seguramente

E irguiéndose, transformado y colérico salió lanzando la postrer mirada a ese rostro adorable.

.....

Ya en la calle, ni la noche apasible y serena calmó las borrascas de su espíritu, majestuoso y terrible como un anatema; y, fué como la desesperación y la furia a la aventura por las calles desoladas, ajeno al espectáculo extraño de la ciudad que duerme.

Un hombre se le cruza al paso y gesticula, o una lamentación, o una amenaza. y pasa.

De una ventana oscura, una voz femenina le lanza un tosido y una llamada. y sigue abstraído en sus meditaciones.

Y tropieza con rostros extraños, con parejas risibles, con victorias repletas de mujeres que chillan cantos de embriaguez y de lujuria.

Es la Lima nocturna y escandalosa; son los atorrantes que, resguardados por las sombras de la noche, deslizanse por la ciudad dormida, a lucir sus caras patibularias, hechas de extrañezas y de vicios, de vagancias y raterías.

Son las rameras, las tristes hijas del vicio, las carnes de lubricidad y solazamiento, que van en cargamento de satisfacción, entonando sus cantos obscenos, que afrodisiaquen a los canijos mozalvetes, a los lacrados viejos verdes que las llevan a cenar, atronando la ciudad dormida con sus chirridos lúbricos; es todo ese aglomeramiento informe de funcionarios y delincuentes, de moralistas y alcahuetes, de policías y rateros, en la negra fraternidad del vicio. Aves sucias de lupanares y garitos mosconeán en la ciudad dormida, al incierto resplandor de los focos eléctricos o entre el vaho de los prostíbulos, abiertos como llagas, con el resumidero de sus bullicios y de sus cantatas.

Esta faz de la ciudad, extraña, llamativa y espeluznante al mismo tiempo, no sacó a Fiacrán de la preocupación de su espíritu, que lo hacía caminar indiferente a sus propias pisadas, hasta que la pérdida de piso y el rumoreo de aguas que se deslizaban, lo detuvo en su fuga insensata.

Y allí, a orillas del Rimac fangoso y sucio, se dejó caer sobre un pedrón, cubriéndose el rostro con las manos temblorosas, y lloró como un vencido, bajo el peso infinito de sus angustias.

.....

El amor.

¿Se sabe acaso lo que es? Es tan falseado, tan exagerado, tan deprimido, que caben en él, desde la compasible demencia de los fantaseadores líricos, hasta los repulsivos caprichos de la carne.

Amad por sentimentalismo, por esa demencia sublime de los corazones. y el sentimentalismo pasa.

Amad por atracción deslumbradora de la carne, por la atracción de las formas en su conjunto de plasticidad y belleza. y la belleza pasa.

Hay epidermis que se juntan, labios que se devoran, cuerpos que se compenetran, corazones que se funden en espasmos de pasión y de delirio; pero no siempre esas oleadas de los corazones llegan hasta el cerebro, en esa fusión ideal, en esa afinidad electiva que hace la alianza de dos almas, de dos pensamientos, en un solo anhelo, una sola aspiración, en amor **único**.

Fiacrán no había encontrado este amor. Lo único que podía ser su felicidad y su guía; su aliado en las luchas por la verdad y por la belleza; el apoyo y consuelo para borrar en sus ternezas las amarguras y razguños de la vida.

Amado por Soledad, a su manera, con ese amor hecho solo de arranques pasionales, era ese mismo fuego abrasador y loco, el que amenazaba quemar las alas del pensador